



—Y me está doliendo la cabeza...
—¿Por qué no hiciste tu lo mismo?
—Me daba...
—Pobre de ti, muchacha...
—¿Por qué no hiciste tu lo mismo?

XXXVIII

En la berlina iban Elena, Ramón y Margarita; en el landó, doña Dolores, Pablo y Filomena.

Al pasar frente al Hotel de Iturbide, la buena señora preguntó á su criada.

—¿Cenaste?
—Filomena no contestó.
—¿Cómo? ¿pues qué no te dieron de cenar?

—No, señora!
—Pobre de ti, criatura!
—Pero, mujer, —prorrumpió Pablo—, por qué no hiciste una insinuación?

—Pero, ¿cómo?
—Tienes razón, criatura; pero ten paciencia... no tardaremos en llegar. Allá no faltará algo que puedas tomar.

—Y la verdad es—dijo dulcemente la sencilla muchacha—que tengo muy buen apetito, más que apetito....

—Sí, hambre! ¡Ya lo comprendo!

—Y me está doliendo la cabeza... Figúrese vd. que en Esperanza apenas pude tomar unos cuantos bocados. Los mozos servían mal; no atendían bien á nadie... Era preciso llamarlos á cada momento, y casi casi arrebatar los platos á los otros pasajeros...

—¿Y por qué no hiciste tú lo mismo?

—Me daba pena...

—¡Pobre de tí, muchacha!—exclamó la señora en tono compasivo. ¿Te va gustando Méjico?

—La verdad, señora, nó! me da miedo, no sé por qué, esta ciudad tan grande. He pasado unos sustos.

—¿Sustos? ¿Dónde, mujer?

—En el coche, en la Estación. Cuando ustedes se fueron, á mí me metieron en un coche de sitio, en un "simón" como dice Ramoncito, y allí me estuve y me estuve, y allí me tuvieron hasta que sacaron los equipajes y los pusieron en un carro. Y, mientras, yo sola en aquel coche, y en lugar obscuro, y sola con el cochero, que á mí ver estaba borracho... ¡Cómo olía á pulque! ¡Por fin quiso Dios que nos fuéramos! Y ahí voy yo con el mozo ese, que se portó bien, yo no tengo de qué quejarme, y que me fué platicando, y preguntándome si me

gustaba esto, y que me iba diciendo los nombres de las calles por donde íbamos pasando....

—¿Y qué te parece la servidumbre de la casa?

—¡Cuánto lujo, señora! Esos criados que sirvieron la mesa parecen unos señores.... ¡Qué bien vestidos! ¡Vaya con los franceses! Y qué, así, con guantes, hacen el servicio? ¿Así?

—¡Así, Filomena!

—Eso no lo sabía yo.

—¡Pues así!

—¡Y qué tonos que se dan, si vd. viera! Yo estuve platicando con una señora, que parece que es ama de llaves; pero yo no perdía nada, y á todo estaba atenta. Los franceses, en su media lengua pedían como amos, y regañaban por todo. El cocinero, porque es cocinero y no cocinera, es un francés, muy de gorra blanca, con más humos que un sultán; estaba charla que charla con el señor ese, con el mozo con quien yo vine de la Estación, y charla que te charla y bebe que bebe sus copas, y los criados del comedor trayendo al troté á las galopinas. ¡Es mucho lujo! ¡Cuántos pobres quisieran lo que se malgasta en esa casa! Me da risa, señora, recordarlo: pasaban delante de mí los platonos colmaditos; no llegaba el olor de la comida; delante de mí, uno de los franceses trinchó el pavo, y á mí me llegaba el olorillo, y yo.... ¡muer-

ta de hambre! ¡ Porque, la verdad, señora, no lo digo por molestar á vd., pero esto es que tengo el estómago en un hilo!

Pablo reía de las aventuras y desgracias de la excelente Filomena. Doña Dolores lamentaba lo acaecido y se condolía de ello.

Filomena seguía charlando muy animada, contenta de verse al lado de personas conocidas.

— ¡ Y qué comedor, señora! Yo, en un momento en que me dejó sola la ama de llaves, me asomé por un ladito de un biombo que había y ví el comedor. . . . Y dígame vd., señora, ¿ estaba buena la comida?

— ¡ Muy buena, hija!

— ¡ Qué cierto es aquello, — exclamó Pablo, de que quien tiene hambre de pan plática!

Filomena se echó á reír, y prosiguió:

— A mí se me antojaron los helados. . . . La fuente estuvo un rato cerca de mí. ¡ Qué buena cara tenía aquello! ¡ Y ya sabe vd. que no soy golosa!

— Pero, en suma, mujer, — dijo doña Dolores, en tono afable, — ¿ te gustan ó no te gustan todos esos lujos?

— ¡ No, señora! Prefiero mi cocina de Pluviosilla, y nuestras pobrezas de allá á todo eso. . . . Aquí viene bien decir lo que predicó una vez el P. Anticelli: "que no se necesita tanto para vivir!" Ve vd.: si bregar con una criada cualquiera es atroz, qué será con esa legión de criados entonados, y con

el cocinero, y con las galopinas, y con los cocheros, y con la ama de llaves.

Pablo y su mamá reían de buena gana.

— Y si vd. supiera lo que estaban diciendo. . . .

— ¿ Quiénes?

— El criado que venía conmigo, el mismo que va en el pescante del otro coche. . . .

— ¿ Qué decían?

— Mañana se lo diré á vd.

— Dílo ahora, Filomena.

— No. . . . ¿ Para qué?

— ¡ Para que lo sepamos! — dijo Pablo con acento entre imperioso y jovial.

— ¡ Yo se lo diré á la señora!

— ¡ Dílo ahora, Filomena!

— A mí no me agradó lo que oí.

— Pues oigamos qué oíste!

— El cocinero, que es francés, pero habla bien en castellano, estaba platicando con el otro, con el que me llevó á mí en el "sillonón," y mientras echaban el trago, el que vino conmigo le contaba al cocinero quiénes eran ustedes, cuántos eran y el parentesco que había; que una de las niñas era ciega; que todos eran pobres, aunque habían sido ricos, y que. . . .

— ¡ Dí, criatura, dí!

— Que el señor don Juan, un día, cuando fué á ver con la señora y con la señorita María, cómo había quedado la casa donde vamos á vivir, había dicho:

—¡Acaba, mujer!—dijo urgentemente doña Dolores

—¡Vaya! Ya está lista la casa.... Falta una sola cosa.... Saber cómo pagarán esas gentes todo eso....

—¿Eso oíste?

—¡Sí, señora!

—¡Cosas de criados!—exclamó Pablo.

—Oigamos—murmuró gravemente la dama:

—Y que doña Carmen contestó: "Me conformo con que lo sepan agradecer y estimar."

—¿Y sólo eso oíste?—dijo Pablo con presurosa curiosidad.

—Nada más eso, porque en ese momento llegó la ama de llaves....

—¡Bueno!—exclamó la señora, y se asomó por el ventanillo del coche.

En el fondo, sobre la negra espesura del bosque, y como una floración luminosa, aparecía el alcázar de Chapultepec, alumbrado por sus cien focos.

—Mira:—dijo la señora á Filomena—ese es el Palacio de Chapultepec!

La muchacha se volvió á ver hacia el bosque, pero distraída no miró nada, y guardó silencio. Pablo hizo notar á su mamá que había luces en las habitaciones, lo cual indicaba que á la sazón residía allí el Presidente de la República.

—Aquí—respondió la señora—aquí vino Surville con tu tía Eugenia para presentar-

la al Emperador y á la Emperatriz... ¡Pobre Eugenia! ¡Qué noble corazón!

La berlina iba delante, á lo largo de una calzada protegida por dos espesas líneas de altos chopos, calzada oscura, mal alumbrada de trecho en trecho por dos ó tres focos de arco, de luz rojiza é intermitente.

Margarita decía que aquella calzada le parecía peligrosa en las altas horas de la noche; Ramón replicó, diciendo que por aquella región no había gente mala. Elena sintió frío, se quejó de ello, y agregó:

—No hablen de eso. Yo no veo como está el camino, pero me causa miedo.

—¡No hay nada que temer, Elenita!—contestó el muchacho cariñosamente. Dentro de unos cuantos minutos habremos llegado á la casa.... ¡Ya estamos en Tacubaya!

A poco se detenía el carruaje en una casa de buena apariencia. Llamó á la puerta Francisco, abrió una criada, y todos entraron.

El criado despidió á los cocheros, diciéndoles:

—Váyanse: volveré en el tranvía.

¡Qué profunda impresión de tristeza causó á doña Dolores y á Margarita aquella casa chica, entresolada, y al parecer lóbrega. La sala estaba iluminada. Las habitaciones eran alegres y elegantes.

la al Emperador y a la Emperatriz. ¿Por
 que naciera! Que noble corazón!
 La botina iba delante á lo largo de una
 calzada protegida por dos espesas líneas
 de alios chopos, calzada oscura, mal alum-
 brada de trecho en trecho por dos ó tres so-
 cos de arco, de las torres é interinamente.
 Margarita decía que aquella calzada le
 parecía heladora en las altas horas de la
 noche; Ramón replicó, diciendo que por
 aquella región no había gente mala. Elen-
 nio sólo se quedó de ello, y agregó:
 —No hablen de eso. Yo no voy como
 esta el camino, pero me cansa mucho.
 —¿No hay nada que tener, Elen-
 nio? ¿No está el muchacho cariñosamente? ¿De-
 jó de unos cuantos minutos háblenos de
 gado á la casa. ¿Ya estamos en la ca-
 baya!
 A poco se detiene el carruaje en una casa
 de buena apariencia. Llanos á la puerta
 Francisco abrió una criada y todos entraron.
 El criado despidió á los cocheros, dicién-
 doles:
 —Váyanse, vuelven en el trayecto.
 Que profunda impresión de tristeza causó
 á doña Dolores y á Margarita aquella
 casa chica, entresacada y al parecer lóbrega.
 La sala estaba iluminada. Las habita-
 ciones eran alegres y sencillas.



formado no guerra hasta las once. ¿Mi-
 ra que á las diez le esperaba en los Ma-
 gno que se trata del empleo. Si que
 cuanto antes quereis sacado esos trajes
 los educados. ¿Porque las horas no las
 voyan á perder, á las y sacas la copa. ¿V-
 ser tan que María, cuando por las
 Si bien sigue así, ¿no quiere un día
 poco más. ¿Por qué volver de la Villa para

XXXVIII

A la mañana siguiente muy temprano,
 ya doña Dolores estaba lista, y acompaña-
 da de Ramoncillo se disponía á partir, como
 se lo tenía pensado, para ir á visitar á la
 Virgen de Guadalupe.

—Llévese usted á Filomena. . . .—dijo
 Margot, en tono suplicante.—La pobreci-
 lla no tiene más ilusión que esa!

—Hija mía,—respondió la dama,—yo
 quisiera que todos fuéramos; pero en vista
 de que eso no es posible, porque Lena ama-
 neció con jaqueca, y Pablo tiene que ir á
 ver á Juan, quien, según le dijo anoche, le
 aguardará hasta las diez, me iré con Filo-
 mena y con Ramón. Este, (ya lo sabes) es-
 tá dispuesto á todo, en tratándose de pa-
 sear. . . . y en cuanto á Filomena, me pa-

rece justo llevarla. A la pobrecilla le fue muy mal anoche. . . . Padece Carmen unas distracciones inexplicables! Procura que tu hermano no duerma hasta las once. . . . Mira que á las diez le esperará tu tío. Me imagino que se trata del empleo. . . . Si; que cuanto antes quede arreglado eso. Traerán los equipajes. . . . Toma las llaves (no las vayan á perder), abres, y sacas la ropa. No será raro que Maruja mande por ustedes. Si Elena sigue mal, y no quiere ir, tú tampoco irás. Yo, al volver de la Villa, pasaré á casa de Juan. Ordena á la criada lo que debe hacer. . . . Me parece que esa mujer no sirve para el caso. Tú no tienes idea de lo que son aquí los criados. ¡Si en Pluviosilla anda la cosa mala en este punto, ¿qué será por aquí? ¡Filomena! . . . ¡Vámonos que viene el tranvía!

Y doña Dolores se fué á su piadosa visita.

¡Buena era ella para no seguir la antigua y tradicional costumbre de ir á visitar al día siguiente de la llegada á Méjico, á la Santísima Virgen! ¡Tenía tanto que pedirle! El P. Anticelli le había dicho: "Dolores: no dejes de ir, luego que llegues, al siguiente día; no dejes de ir á visitar á la Indita!"

Mientras, Margot despertó á su hermano, y se puso á arreglar la casa.

¡Qué mal colocado estaba todo! ¡Como

por manos de hombre! Desde la víspera habían visto que muchos muebles estaban estropeados. . . . Pero, ¿quién á esas horas, á la media noche, había de ponerse á examinar mueble por mueble?

Margot revisó todo. Uno de los aparadores estaba roto, y la mesa del comedor no andaba muy sana. En una caja, allá en las piezas del segundo patio, había un montón de tientos. Por fortuna, la vajilla estaba completa, y el cristal lo mismo.

El ajuar de la sala estaba empacado todavía. Uno, muy elegante y vistoso, había sido colocado en substitución del otro, y todas las habitaciones estaban alfombradas. En un ángulo del saloncito, el piano, muy fresco y flamante, esperaba á sus dueños. Margarita no pudo resistir á la tentación; abrióle, recorrió el teclado, y tocó un trozo de Chopin.

Elena, traída por la criada, vino á interrumpirla.

—¡Por Dios, Margot!—exclamó al entrar.—Me dejaste en la alcoba. . . . en una pieza que me es desconocida. . . . Acaba; sigue tocando. . . . y después me llevarás por toda la casa; necesito orientarme en ella; necesito conocerla!

La ceguezuela se sentó cerca del piano, en una duquesita, y Margarita siguió tocando. Al concluir ésta, Elena le dijo:

—¿Crees tú que Juan venga á vernos hoy?

—¿Quién sabe! Entiendo, por lo que nos dijo María, que llegará esta noche. Si es así, acaso... acaso le tendremos por acá mañana en la tarde...

—¡No esperaba yo eso del caballerito!

—Hija: ten en cuenta la manera de vivir de ese muchacho... No está en su casa más que para dormir... Tiene muchos amigos... Siempre anda de convites...

—Dime: ¿es bonita esta casa?

—No es fea; pero sí muy chica. Trabajo se nos espera para arreglarla! Ven; voy á llevarte por todas partes.

Y tomó del brazo á la joven, y después de darle idea de la sala, y de la colocación de los muebles, la llevó á los balcones y á cada una de las puertas.

Elena iba contando los pasos que había de un sitio á otro.

—¡Espera!—dijole.—Déjame sola.

Voy á ver si sé ir á donde yo quiero. Voy al sofá... Aquí está! Uno, dos, tres... cuatro sillones... ¡Puf aquí está la puerta principal, la que da al corredor. Ahora iremos allá!... Voy á los balcones. Este es el primero, es decir, el más inmediato al estrado. ¿Qué hay enfrente?

—La tapia de un jardín.

—¿Es ancha la calle?

—Sí.

—¿Pasa por aquí el tranvía?

—Sí... ¡Cuidado, Elena, que vas á tropezar con una mesa!

Ya había tropezado con una mesita llena de chucherías.

—A la derecha, Lena! Pasa entre la mesita y la consola... En ésta hay un espejo y unos candelabros.

—Llegué ya al otro balcón... ¿Esto qué es?

—Una colgadura...

—¿Está elegante la sala?

—¡Así, así!

Elena llegó hasta la puerta del gabinete. Allí la tomó Margot para llevarla por toda la casa.

Al volver á la sala, decía la ciega:

—Dentro de pocos días andaré aquí como en nuestra casa de Pluviosilla!

—¿Te sigue la jaqueca?

—No; ya estoy bien. Sí... más que la jaqueca, lo que tengo es... disgusto!

—¿Disgusto de qué, Lenita mía?

—Me ha contrariado el que Juan...

—Déjate de Juan, criatura! Si por cualquiera cosa vas á estar contrariada... nos hemos lucido!

En aquellos momentos, llamaron á la puerta. Eran los criados que traían los equipajes. Pablo acudió á recibirlos. Contó los bultos.

—¡Falta uno!

—Sí, señor!—respondió Francisco.—Vendrá después. No quisimos cargar más

el carrito. Me encargaron los señores que dijera á la señora, que á las diez vendrá el coche por las niñas.

Pablo dió aviso á su hermana.

—Que allá iremos, Francisco, aunque sea tarde, porque necesitamos abrir los equipajes!....

Pablo se vistió, se desayunó, y se fué.

Margarita abrió los baúles, y sacó ropa para ella y para Elena; dió órdenes á los criados, y se dispuso á vestirse y á vestir á la ceguezuela.

—No sé,—decía ésta, mientras su hermana la peinaba,—no sé en qué parte podrás colocar á Concha Mijares....

—No ha de venir.... ¡Pierde el cuidado!

—¿Que no ha de venir? ¡Ya lo verás! El diez ó doce de septiembre la tendremos aquí.

—No lo creo. Anda muy entretenida con Arturo Sánchez. Los monólogos la traen perdida, y Arturo la tiene mareada con tantos versos. Anoche, en la casa de los primos, en un periódico que estaba en una de las mesas de la antesala, leí los versos aquellos que oímos aquella noche.... El modesto.... poeta busca fama en los diarios metropolitanos. No le bastan los aplausos de don Juan Jurado.

—Oye, Margot. Te voy á preguntar una cosa.... Pero.... ¿me dirás la verdad?

—¿Por qué no?

—¿De veras?

—Sí; y.... ¡empiece el interrogatorio!

—Si Alfonso te hace una declaración formal, (como que tiene que hacértela) ¿qué le vas á responder?

—Hija mía.... ¡qué cosas se te ocurren!

—Mira que me ofreciste decir la verdad!

—Pues si á preguntas vamos, yo.... te haré otra!

—No; contesta tú primero.

—No; yo pregunto ahora.... Si Juan te declara su.... atrevido pensamiento... ¿qué contestarás?

—¿Qué le dirás tú á Alfonso?

—Respóndeme tú.

—No; tú!

—¿Yo? Ni que sí ni que nó.

—Pues.... yo.... ¡responderé lo mismo!

Margarita concluyó de peinar á su hermana.

—¡Qué linda es!—pensó.—¡Pobre niña! ¡No comprende su desgracia!



XXXIX.

Quando la señora regresó de la Villa, se encontró á sus hijas en casa de don Juan, donde, á solicitud de su prima, debían pasar el día.

—Bien, hijas,—dijoles doña Dolores— quedáos, que yo me voy! La casa reclama mi presencia, y no bien llegados, ya me ando yo subiendo y bajando.

En vano quisieron detenerla; en vano le rogó María que los acompañara á comer.

—¡Otro día, sobrina, otro día!—respondióle la dama.—Mi casa me espera. Pablo les hará compañía, y Ramón vendrá esta tarde por sus hermanas.

—¿No quiere vd. que Ramón se quede también?

CAPILLA ALFONSO
BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD

—Si quiero; pero, como debes suponer, acaso le necesitemos allá. Piensa, criatura, que aquella casa parecerá no sé qué! Ramón vendrá esta tarde....

—No, tía; que venga si quiere; pero no es preciso que haga el viaje sólo por llevarse á Lena y á Margot. Después del paseo, las llevaremos Alfonso y yo. Váyase vd. tranquila.

Doña Dolores se fué con Filomena, la cual no quiso subir y se quedó en el departamento de los porteros.

En el camino le iba diciendo á doña Dolores.

—Si vd. viera, señora.... Mientras vd. estaba arriba, yo me puse á conversar con la portera. ¡Es una buena señora! Me contó muchas cosas: que el niño Juanito no llega á casa hasta la madrugada; que en ocasiones, como se acuesta á las cuatro ó á las cinco de la mañana, duerme todo el día, y que á eso del medio día va saliendo muy malhumorado, regañando á todos y diciendo horrores á su criado. Y si viera vd. esos lacayos y esos mozos tan planchados que van en el coche tan elegantes, tan lujosos, que á mí me parecen más elegantes que los niños, andaban ahora en unas trazas.... Descalzos, sucios.... ¡Y anoche tan estirados! ¡Quien los vió como yo los ví ayer, y los vió ahora! Luego que acabaron de limpiar los caballos, se lavaron allá en el otro patio, luego se fueron á ves-

tir, y á poco salieron hechos unos figurines.

—Hija: ¿pues qué quisieras tú, que hasta para esos quehaceres se pusieran la librea?

—No.... pero, dígame vd. señora, dígame: todo eso no es más que pura apariencia!

A la sazón pasaba el tranvía. Detúvole doña Dolores, y ambas subieron al carruaje.

En tanto María enseñaba á sus primas el departamento de Juan y de Alfonso.

—¡Qué voy á ver yo!—exclamaba Elena, bajando la escalera.—Sin embargo.... sabré cómo viven esos caballeros.

Alfonso, que iba con ellas, les dió una llave, y las dejó para acudir al llamado de don Juan que, desde muy temprano estaba en su despacho.

—Vuelvo!....—dijo el mancebo, y las dejó en el descanso de la escalera.

El departamento destinado á los dos hermanos era muy bonito: un salóncito y un gabinete con balcones á la calle, sencillos y elegantemente decorados, al estilo inglés; dos alcobas; un cuarto de vestir, y un baño.

Margarita quedó prendada del salón, que, efectivamente, era del mejor gusto, y hablaba muy bien en elogio del sentido estético de los dueños.

—¡Qué lindo!—exclamó Margot, mirando en torno suyo, y admirada de la elegancia aristocrática de la pieza.

—¡Si vieras, Lena, qué cosa tan linda! ¡Esto parece, como suelen decir, una tacita de plata! A mí me parece más bien como un delicado cofre de marfil!

—¡Con tantos elogios, Margot, vas á conseguir que Alfonso se envanezca de su obra! Sí, porque todo esto es obra suya! El eligió el tapiz; él escogió los muebles; él cuidó hasta de los últimos pormenores...

—Pues no cabe duda,—interrumpió la joven,—que tiene mi señor primo exquisito gusto para esto!

—Dime cómo está esto, Margot!—dijo Elena.

—¡Sentémonos!—prorrumpió la rubia señorita, impulsando á su hermana hacia un sofá, mientras María abría la vidriera de uno de los balcones.

—¡Dime! ¡Dime!

—Siéntate aquí, Maruja! Y.... óyeme, y escucha mi elocuencia descriptiva.

—Te oigo atentamente.

Sonreía Margarita; sonreía Maruja en su frívola insipidez, y la ceguezuela abría sus rasgados y soberbios ojos negros, ávidos de luz.

—Mira, Lena: esto es un saloncito como de siete varas de largo por cuatro ó cuatro y media de ancho.

—¡Descripción prosaica!—exclamó la

ciega.—¡Descripción de ingeniero de puentes y calzadas, que montado á la antigua no se acuerda del sistema métrico-decimal!

—¡Supongo que no querrás ahora que reduzca yo las varas á metros!—replicó vivamente la blonda señorita.

—¡Sigue, mujer, sigue!

—Altura....

Y la joven miró hacia arriba, siguiendo con la mirada, de arriba abajo, una de las líneas angulares.

—Altura.... ¡Poco menos de cinco metros!

María y Elena se echaron á reír.

—Baste saber.... que tiene muy buena altura. ¡Que lo diga María! La alfombra es roja, gruesa, y afelpadita.... ¿No la sientes al pisarla? Los muros, hasta poco menos de la altura de las puertas, están tapizados con papel realzado, de fondo claro, muy claro, de color crema, que entona dulcemente con el dibujo, que es de hojas grandes, hojas como de dragontea, también muy claras. La parte superior tiene tapiz amarillento, con un dibujito tan menudito que apenas se ve. Una cornisa muy delgada, que apenas sobresale, corre á lo largo de los muros, dividiéndolos en dos partes. La cornisa me parece de boj ó de olivo blanco. El cielo rasó es de color de mantequilla, sin adornos ni pinturas, encuadrado por otra cornisa un poquito más ancha que la otra. En el centro del cielo

raso hay una rosácea que semeja marfil. Nada en las paredes. Frente á los balcones una chimenea de piedra blanca, opaca; sobre ella un espejo ovalado, de luna clarísima, cortada en bisel.

—¿Y los muebles?—preguntó Elena.

—Pocos, y ninguno igual á otro. Un sofá, éste en que estamos sentadas tú y yo, tapizado como los otros sillones de rica tela de seda blanca, sembrada de crisantemos de un suavísimo y apacible color de rosa. Cinco sillones; un "pouf;" un velador de roble con una caja de tabaco, una licorera, y un cenicero. Entre los dos balcones, un diván de lo más cómodo, con un par de almohadones de color de malva. Delante una piel de oso blanco.... Espera: en la chimenea, dos ramilleteras cilíndricas altas, de cristal verdoso, y en ellas, muy bien puestas, como por manos femeniles ó manos de artistas, espigas verdes, ligeras, esbeltísimas, cuyas hojas muy largas, muy largas, tocan la pantalla del hogar; una pantalla con un aguazo que representa una escena campestre.... ¿Qué representa, María?

—Una escena del "Don Juan."

—Me imagino todo....—dijo tristemente la ceguezuela.

—Me falta algo....

—A manera de araña, velada por una pantalla amarilla con guarnición de encajes, cinco focos eléctricos. ¡Esto, de noche,

debe parecer de marfil! ¡Ah! Me falta lo último: las cortinas de los balcones.... ¡Qué sencillas! De una pieza.... Son de una tela pesada, semejante á esta de los muebles. Y ¡está vd. servida, señorita mía!

—Vamos á ver el gabinete....—dijo María, levantándose.

El gabinete era de lo más sencillo. Unas cuantas sillas; un escritorio, y un estante con libros elegantemente empastados. Un escaparate con tres broces: una bacante, un busto de mujer y otro de Alfredo de Musset. Entre ellos, elegantes fotografías de Nadar: dos retratos de amigos jóvenes y elegantes, y otro de una mujer bellísima, hecho en Niza. Margarita no se atrevió á preguntar quién era aquella joven de tan rara hermosura. Sintió la blonda señorita el aguijón de la curiosidad, pero la contuvo cierto temor de que la joven no supo darse cuenta. Pero María se apresuró á decir:

—Mira, Margot: ¿te gusta esta cara?

La joven hizo una señal de aprobación.

—Es de una novia de Alfonso, la cual se casó hace un año con el agregado de la Embajada inglesa. El gran amor de Alfonso. A estas fechas sufre todavía las consecuencias de ese desengaño.

—¡Vale más!—exclamó Margarita.—Eso prueba que sabe amar.

Elena, que estaba al lado de su hermana, le oprimió dulcemente un brazo. La blonda señorita habló de otro asunto:

—¡Y eso qué es!—dijo, señalando un cuadro.

—¡Ah!—respondió María.—Lee: es un diploma de Juan; su diploma ó título de una sociedad de astrónomos, establecida en París. Es presidente de ella Camilo Flammarion.... Esa es su firma.

—Le guardaba yo á Juan el secreto de que fuese astrónomo....

—¡Qué astrónomo ha de ser! Mi papá dice que todo eso es pura farsa; habilidades del astrónomo para sacar dinero. Cualquiera puede ser miembro de esa sociedad. Tú, yo, cualquiera! Basta pagar anualmente treinta ó cuarenta francos, y subscribirse á la revista que sale cada mes. Mira tú qué hábiles son en Francia! Por eso dice papá que con el dinero de los tontos se exploran los espacios celestes y se propaga el espiritismo!

Las muchachas soltaron una carcajada. La ceguezuela contrariada murmuró:

—Será así.... pero Juan no es tonto!

—Hija,—se apresuró á decir Margarita—¡son cosas de mi tío!



XL.

Cuando las jóvenes volvían del entresuelo, cansadas de esperar á Alfonso, éste les dió alcance en la escalera.

—¿Vino ya Pablo?—preguntóle Margarita.

—Sí; ya está trabajando. Papá no ha querido que pierda un solo día.

El mancebo venía inquieto, y en su rostro, de ordinario sereno, había algo revelador de pena ó de contrariedad.

—¿Qué te pasa?—dijole María.—Advier-to en tu rostro no sé qué....

—¡Nada!

—¿Nada? ¿Le ha pasado algo á Juan? ¿Algún accidente en la cacería?

—No.

—¡Por Dios, Alfonso!—exclamó Elena